

Venidos a menos

Salvador Rueda

María del Carmen Reyna, *Opulencia y desgracia de los marqueses de Jaral de Berrio*, México, INAH (Obra varia), 2002, 268 pp., fotogr., cuadros.

La riqueza del septentrión novohispano tomó estatura legendaria pocas décadas después de la conquista de la ciudad de Tenochtitlan. Su fama fue tan extendida que muy pronto opacó a la de los supuestos tesoros que se creyó prometía el vasto territorio de Moctezuma y que había animado a la generación conquistadora. Hacia la cuarta década del siglo XVI, la mirada se dirigió al norte del reino. Geografía desconocida, *terra ignota*, que se suponía pródiga en yacimientos de oro, fue tópico de las cartas de los primeros colonos a sus parientes en España.

Rápidamente el sueño del oro se cambió por el realista y no menos abundante de los minerales de plata, junto al de las inmensas extensiones para la agricultura y la ganadería que se abrían como posibilidad de una vida menos estrecha. Ciertamente, entonces, El Dorado se volvió una provincia fantasma del imperio español, como escribió V.S. Naipaul. Ya no se imaginaba la existencia de

Cíbola, sino que se vivió la pródiga bonanza de Zacatecas y Guanajuato, muy poco después de haberse encontrado las vetas sureñas de Taxco. Asimismo, se buscó la tierra para mantener a las familias de labradores y ganaderos tanto como para afianzar prestigios de quienes capitalizaban su suerte.

Entre los muchos lectores de las riquezas en los confines novohispanos, hombres de oscuro origen o de lustres e hidalguías ya enmohecidas pensaron arriesgar su futuro en busca de fortuna. Entre ellos destacan los apellidos Zavala, Retes, Saldívar, Berrio y de la Campa y Cos, vascos de Álava, Guipúzcoa y Vizcaya, quienes llegaron a los confines fronterizos de la Nueva España desde el mediodía del siglo XVI. Eran colonos sin más patrimonio que conocimientos elementales de tecnologías mineras (experiencia obtenida en las minas bilbaínas de hierro), la audacia y el valor personales. Algunos de ellos se propusieron hacer fortuna con lo que el nuevo mundo les ofrecía: el comercio alrededor de los centros mineros, el tráfico de la plata, el financiamiento a quienes apostaban a la extracción y el ganar tierra para la corona española. Asimismo, comenzaron a fincarse un nombre en las comarcas de Parral,

Zacatecas, San Gregorio Mazapil, Fresnillo, Sombrerete, Ameca, San Felipe Guanajuato, San Luis Potosí y aun los lejanos rincones de Texas, con la adquisición de terrenos de pastoreo y siembra en espacios ganados en sorda guerra contra los indios bravos, génesis de las haciendas y ranchos que desde el siglo XVII hasta el XX poblarían el paisaje mexicano. Su fama creció con las reglas de la época: lo mismo prestaban servicios de milicias al rey contra apaches o los bravos del Gran Nayar, que ensayaban la diplomacia cortesana que les otorgaba puestos importantes —como la del oficio de apartador real del oro y plata con adscripción a la Casa de Moneda y controlar los movimientos de los minerales preciosos de Nueva España—; eran generosos patronos de capillas, conventos y cofradías en las principales ciudades de Nueva España, Nueva Galicia y Nueva Vizcaya al tiempo que invertían en acrecentar manadas de bovinos o de caballos finos (ya hacia finales del siglo XVIII, uno de sus caballos sirvió de modelo a Tolsá para su estatua ecuestre de Carlos IV, la del *Caballito*), comprar molinos y esclavos, ejercer el poder político local o emprender negocios con Filipinas a través de la Nao de la China.

Tal es el comienzo de una historia compleja que María del Carmen Reyna relata desde una perspectiva singular: la de los vaivenes de algunas de las más importantes fortunas virreinales, de su paciente construcción a lo largo del siglo XVII, su florecimiento durante el Siglo de las Luces y su bizarra desintegración decimonónica. Curiosamente, en esta suma de historias de vida un elemento sirve de pauta y motor: la muerte. Es la muerte de los protagonistas, de su previsión y de sus efectos, el objeto de los documentos que sirvieron de fuente a la historiadora Reyna. Se trata de mirar a través de los documentos testamentarios y de sus derivados judiciales que dieron destino a las herencias de los marqueses de Jaral de Berrio y los condes de San Mateo de Valparaíso principalmente.

Son los testamentos, sus discursos, los que desataron las interminables batallas entre los miembros de las familias que arman esta historia, puntillosos hombres y mujeres que se sirvieron de la palabra escrita y sancionada notarialmente para defender orgullos, posesiones y derechos reales e inventados. Pero también permiten a la historiadora hablar de otras cosas, como las costumbres funerarias que cambiaron con las generaciones —desde la del desprendimiento de las posesiones materiales, conducta similar a la de las aristocracias medievales, durante el siglo XVII, hasta la de los entierros tardíos y la disección de los cuerpos y embalsamamiento de vísceras por miedo a ser sepultados vivos, del siglo XIX—, de los compromisos morales y financieros con la Iglesia, de los costos de una buena muerte, de los inventarios de bienes en casas y haciendas, de la inutilidad de los mayorazgos en las transmisiones pacíficas de las herencias, de las lógicas catastrales en la administración de las haciendas, de la impor-

tancia de las dotes en los matrimonios, del vocabulario de documentos que revelan los movimientos de capitales que cierta historiografía supuso amortizados, etcétera. En este sentido, el panorama que ofrece María del Carmen Reyna sobre las conductas de las élites novohispanas sorprenderá a muchos lectores de este libro.

A lo largo de los once capítulos, Reyna elabora el complicado entramado de la historia genealógica de los marqueses de Jaral de Berrio y condes de San Mateo Valparaíso y de sus comportamientos frente a la administración de sus bienes. El origen familiar no fue humilde, sino esforzado y vertiginoso: la raíz más firme del marquesado de Jaral de Berrio se remonta al último tercio del siglo XVII con el capitán José de Retes, ingenioso y audaz, y su esposa María de Paz. Hombre acaudalado, que fue respetado por su riqueza pero también por su desprendimiento en favor de un cristianismo militante: con detalle, María del Carmen Reyna describe los gastos en la construcción de la iglesia y convento de Nuestra Señora de Guadalupe y San Bernardo. Demora la historiadora en la descripción de sus funerales, en los que se reconocen ecos lejanos medievales, como aquel de Guillermo el Mariscal que reconstruyó magistralmente Georges Duby.

Al registrar la historia de las generaciones siguientes, la historiadora Reyna se adentra a las esquinas más oscuras y asombrosas de las mentalidades de las élites virreinales y de sus descendencias decimonónicas. Descubre cómo enfrentaron, por ejemplo, los matrimonios entre primos y el pago de la dispensa eclesiástica para salvar la prohibición religiosa que alejaba el temor al incesto, los enlaces mal avenidos que se resuelven en escándalos, separaciones y divorcios en el seno de

familias que eran ejemplo de cristianismo, las enemistades implacables de esposos, padres e hijos en los que tuvo que intervenir el rey, los conflictos entre hermanos o la proliferación de hijos naturales. Por supuesto, del amor ni una palabra durante el periodo virreinal; abundaron los matrimonios concertados, con intereses de cada conyuge separados y bien estipulados por escrito para el exacto usufructo de los bienes de cada cual. Del amor, en fin, se hablará hasta mediados del siglo XIX, atestiguado por la memoriosa Concepción Lombardo de Miramón, cuñada de uno de los descendientes de la familia Berrio.

También desfilan en las fuentes que Reyna consultó otros sucesos igualmente impactantes en las vidas familiares, como las numerosas muertes infantiles, el fallecimiento de alguno de ellos que fue herido en un enfrentamiento con los indios bravos, el apoyo a la corona contra los tumultuosos descontentos por la expulsión de los jesuitas, el inicio de las carreras militares con la fundación del ejército por Carlos III, los lentos ritmos en el cumplimiento de las leyes testamentarias, la desconfianza hacia albaceas y los errores judiciales que proliferan en esta historia que poco tiene de romántica y feliz.

Con todo, la investigación de Reyna no descubre un devenir acartonado en el campo de la biografía, a despecho de los pleitos interminables que parecían consumir todo el tiempo de los nobles aquí historiadados. Personajes interesantes salen a relucir, a contrapelo de los juicios que sobre ellos se formaron sus contemporáneos y parientes. Valgan aquí tan sólo algunos ejemplos: doña Ana María de la Campa y Cos, fuerte, matriarcal, dura, pilar de la mejor fortuna de las casas de Jaral de Berrio y de San Mateo de Valparaíso, mujer de rígidas costumbres públi-

cas pero que se desdobra domésticamente en buena madre y abuela sobreprotectora y única longeva registrada; era esposa de don Miguel de Berrio, hombre de memorable mal carácter, verdadero vínculo de la legendaria estirpe aristocrática y fundador del mayorazgo de Jaral de Berrio, coleccionista de relojes, de instrumentos de medición científica y de instrumentos musicales, gusto de vinos, mezcales y cervezas, atento a las publicaciones más recientes del siglo —su biblioteca, según el recuento minucioso que ofrece Reyna, tenía libros de Galileo, Newton y Franklin, entre otros. Alrededor de ellos, varios personajes más dejan ver caracteres conspicuos a través de los documentos, como su yerno, don Pedro de Moncada, napolitano marqués de Villafont, acusado de cazafortunas por su esposa María Guadalupe de Berrio; holgazán, manirroto, francmasón, lector de Voltaire que retó un par de veces a la Inquisición, irresponsable, militar inútil y desleal al rey, anticlerical y amigo de Lord Byron —quien lo llamó “el marqués mexicano”—. O su hijo Juan Nepomuceno Moncada y Berrio, cuya indecisión se convirtió en virtud pues le permitió sobrevivir a la guerra de independencia con sus propiedades apenas mermadas, maniático que escondía monedas de oro en las paredes de su hacienda, quien estableció una extraña relación de dos caras con el brigadier Venegas, que se negó a ser diputado ante las cortes de Cádiz alegando cuidar sus negocios en la colonia, quien huyó a tiempo para no ser víctima de Javier Miña en una de sus incursiones guerrilleras, quien por desconfiado no quiso dar la cara a Iturbide —al tiempo de su proclamación como emperador fue huésped de la que fuera su casa, luego conocida como Palacio de Iturbide—, y quien finalmente atestiguó el fin legal de los mayorazgos en

marzo de 1827 y julio de 1831, inicio de la disgregación de la fortuna familiar. O Romualdo Fagoaga y Moncada y su esposa Guadalupe Lombardo —cuñada de Miguel Miramón—, quienes con enjundia buscaron inútilmente la bonanza del rancho-hacienda de Gallinas, último reducto de lo que fuera la extensa hacienda de Jaral, quizá el único matrimonio enamorado de toda esta historia pero igualmente desdichado. O, finalmente, Felipe Raygosa, acusado de demencia y encerrado contra su voluntad en San Hipólito por su esposa Manuela Moncada en los umbrales del porfiriato. Historia de bonanzas y fatalidades vividas por media docena de generaciones de una misma familia.

Historia cuyo tema central se antojaría propio de la ficción literaria, este relato muestra con sobriedad que el peso de los hechos resulta más impactante que las aventuras nacidas de la fantasía novelesca. Narración exenta de lances personales exagerados de sus protagonistas, del uso del drama para cautivar a sus lectores y de la suma de audacias de la voluntad que juegan con el azar, recuento alejado de las acciones que arriesgan a los protagonistas a mantener el equilibrio entre la gloria y la vileza, entre el heroísmo y la villanía, este entramado de historias familiares lleva pausadamente al lector por sucesos rigurosamente reales, tan duros o más, que los inventados por la imaginación, que siguen ritmos y cadencias de largo aliento, sin la obligación del desenlace rápido y contundente. Ello, sin embargo, sin rehuir la narración de caídas de la suerte y del dibujo de personalidades competitivas hasta la traición, o capaces de generosidades sin límite —pues no son extraños los testamentos que liberan esclavos y se les pagan sumas para poder vivir, y otros que otorgan pensiones a hijos naturales de sus her-

manos y sobrinos lejanos para que continúen sus estudios o inicien giros mercantiles; en este sentido destaca el texto de la renuncia de Juan Nepomuceno Moncada al mayorazgo —ya inexistente legalmente, de cualquier modo, en 1859— en favor del reparto equitativo de la herencia entre casi una docena de hermanos y medios hermanos.

El corazón de este texto es la búsqueda de la verdad y su descripción sin adornos, no la oferta de evasión a través de la lectura de vidas fantásticas o del recuento de los chismes —tan sabrosos como inútiles— que atormentaron a varias familias aristocráticas en los siglos virreinales. Poco a poco, en las dos últimas centurias, la suerte encaminó a los últimos descendientes hacia la pobreza y la extinción del beligerante linaje. De igual modo, explica Reyna, la anteriormente gigantesca y orgullosa hacienda de Jaral de Berrio se atomizó ante las políticas de reforma agraria. En 1981, nos dice la autora, el presidente López Portillo estableció, en la antigua posesión, la Primera Unidad de Producción Agropecuaria, con pequeños propietarios y ejidatarios.

Vidas arduas, de cualquier modo, las de esta media docena de generaciones de las nobles familias de los marqueses de Jaral de Berrio, de los condes de San Mateo de Valparaíso y de San Román, y de los marqueses de Villafont. Sus biografías estuvieron determinadas por un horizonte social que marcaba destinos a hombres y mujeres: matrimonios convenientes, enclaustramientos lujosos pero obligatorios, patronazgos y atenciones extraordinarias a las presiones institucionales religiosas en el marco de una economía de prestigio tan importante como la de la producción de capitales, mayorazgos inaplicables, entre otras cosas, que dejaron su huella en testamentos, legados, contratos de mo-

vimientos de riquezas siempre en peligro de disgregarse —y debilitarse. Las aventuras reales, históricas, nacidas de una larga investigación de Carmen Reyna, se desenvuelven en la geografía novohispana y mexicana tuvieron en su tiempo como objetivo ético y emblemático un asunto tan trascendente como a la postre fallido: hacer fortuna y mantener la influencia política. Se trata de la aventura de los negocios, de las transacciones comerciales, de la producción de minas y haciendas, del cuidado de la moral de los hijos y sus vocaciones, pensando en las herencias, de la vigilancia del buen nombre familiar (cristiano sólido y leal al rey), en el contexto de una sociedad estamental —hasta bien entrado el siglo XIX— y de leyes económicas que mezclaban la ambición con el escrúpulo religioso, el prestigio del apellido con la mera acumulación y administración de bienes y capitales.

Trabajo original, esta investigación mantiene su orden expositivo de acuerdo con la exigente lógica de sus fuentes documentales. Es un desfile genealógico que marca principios y fines de épocas señaladas por la riqueza y por la búsqueda de reconocimientos que debían respaldar títulos nobiliarios. Las familias Berrio, Saldivar y de la Campa y Cos, Moncada y Fernández de Córdova, Fagoaga y Raygosa que quisie-

ron manejar con cuidado sus alianzas matrimoniales a modo de sumar posesiones, prestigio y pureza de sangre aristocrática.

Nada más equívoco, sin embargo, según demuestra María del Carmen Reyna: las gigantescas posesiones de Jaral de Berrio y de San Mateo de Valparaíso sobrevivieron con fortuna las violencias de los indios bravos, las invasiones de ganados ajenos, los choques con los pueblos y ranchos vecinos a los que afectaron sin escrúpulos; soportó las guerras de independencia, reforma, intervención francesa y aún la Revolución mexicana; no superaron, en cambio, la sangría constante de las pugnas familiares, de los largos pleitos testamentarios, de los matrimonios mal avenidos, de los odios fraternales y filiales. Hoy, sus afares resultaron, además de palacios y cascos señoriales de haciendas, en un rico archivo que exploró con profundidad María del Carmen Reyna.

Sin duda se recomienda la lectura de este texto, al que acompañan ilustraciones que dan rostro a varios de los protagonistas de esta historia. Asimismo, sus capítulos finales dan cuenta del destino de los palacios que llevan la fama del apellido de los marqueses y de los arquitectos constructores. Un plano de época de la casa grande en la hacienda de Jaral de Berrio y varios cuadros con el inventario del aristocrático

universo doméstico novohispano redondean la oferta de María del Carmen Reyna. Al revisar los listados testamentarios, es posible calcular la riqueza que atareó los días de los marqueses y sus parientes. También es posible medir el tamaño de la pérdida: poco o nada de aquellos enseres se conserva hasta nuestros días.

Sin pretensiones literarias ni ensayando hipótesis basadas en los prejuicios de nuestro siglo sobre la nobleza colonial y de sus destinos decimonónicos —Borges decía que no hay nada más melancólico que un noble empobrecido—, pacientemente estructurado con la erudición que se gana a través de muchas horas de trabajo en el archivo de la familia, el texto de Carmen Reyna será un libro de mucha utilidad para aquellos interesados en la verdadera historia de las fortunas mexicanas, en sus logros visibles y secretos sinsabores, de saber su lugar en el mundo, determinado por la contingente y agrídulce situación en el seno familiar.

Esta historia que ofrece María del Carmen Reyna, en fin, dibuja un paisaje de larga duración bajo el orden de la razón histórica. Los viejos discursos notariales que envolvieron a los marqueses de Jaral de Berrio, ya sin su utilidad conflictiva, nos llegan domesticados para la explicación de antiguas pasiones.